

TRES POEMAS DE NAVIDAD

Lema: Sagrado Misterio

I. – POEMA CÁLIDO PARA EL FRÍO DE DIOS NIÑO

La noche de diciembre (embajadora
de misterio y de frío)
se prosterna, Señor, ante tu carne
recién nacida y leve, como un rito
que cumple el tiempo fiel, enamorado
de tu esencial prodigio.

¿Qué palabras brindarte?
¿Qué cántico sencillo
a la pobreza tuya, a la presencia
del animal sumiso?
(La mula, el buey, no entienden
su misión de testigos).

Calor de corazón quisiera darte,
y no puedo, Señor; nunca consigo
que mi verbo se torne dulce dádiva,
ministerio de luz para el abrigo
de tu cuerpo, bendito por los astros,
de tu cuerpo, que empieza a redimirnos
en una noche de Belén, al lado
de la madre asombrada ante su niño.

Vienen los Reyes Magos, Su regalo
del oro, incienso y mirra, se hace signo
de una amorosa esclavitud: alianza
del mundo para Cristo.

¡Qué pena me da verte, entre la noche,
llorando y aterido!

Quisiera concederte
una íntima ofrenda de latidos,
un mensaje del pecho que se rinde,
feliz, estremecido,
ante la gloria que proclama ahora
tu llanto primerizo.

Perdone mi ceniza. Yo quisiera
ser candela verbal, verso cautivo
de tu cuerpo que anuncia la bonanza,
más allá de la pena y su destino;
venciendo la tormenta
tu frágil señorío.

Diciembre. Estrellas. Luna.
María, sin un grito,
nos dio el regalo celestial que ahora
entre las pajas fulge: sólo un niño,
que viene, para curarnos esa herida
abierta en el comienzo de los siglos.

II. –FIN DE NUESTRO SIGLO

Se anuncian ya los hondos estertores
de nuestro siglo veinte. Su agonía
le da fondo de luto
al paisaje del alma sorprendida.

Mueren los años, sí, pero tu adviento
es siempre una bandera de alegría
un derroche de lumbre, Dios infante,
una fiel maravilla
que ensancha, de repente, el generoso
corazón de la noche decembrina.

Nuestro siglo, Dios mío,
ya traza su balance en la sombría
dádiva de los muertos y las guerras
—vendavales del árbol de la vida—;
pero queda el sagrado santo y seña
de tu presencia niña,
regalándote al hombre, año tras año,
una luz infinita.

Y en las puertas del siglo veintiuno,
es «Belén» la palabra concebida
sin mancha de tristeza, la serena
arribada de tu alba compasiva,
para que el hombre pise su camino,
sin miedo de tinieblas redimidas,
más allá de los tiempos,
por ese faro de tu paz divina.

Solitaria y secreta,
el alma se arrodilla
ante tu cuerpo, y ruega por el mundo,
que, monótono, gira
con su carga de lágrimas y duelo,
sumando Navidades en la íntima
historia que resume
la apetencia gentil de tu sonrisa.

III. – SALUTACIÓN EN BEGONTE

Aquí donde Galicia es una ofrenda
de lluvia, de ternura y de esperanza;
donde la Terra Chá se hace regazo
para albergarte a ti, Cristo del ansia;
aquí, en Begonte, encuentra residencia
este Belén de la divina estampa.

Con fulgor de figuras se deslumbra,
en su clausura original, el alma,
esclava del Belén que, sensitiva,
a la belleza la oración enlaza,
en un natal derroche de inocencias,
que hallaron, por sencillas, buena casa.

El «aleluya» de la brisa; el «gloria»
del astro rezador de la mañana;
las estrellas –pastoras de los cielos–;
la curiosa y celeste luna blanca...
...bendicen, desde arriba, el escenario
que Begonte a Dios niño le depara.

Electrónica ofrenda para Cristo;
ciencia al servicio de ilusión humana;
¿qué destino más bello cumplir puede
qué senda pura, qué ocasión más alta
que esta de dar realce y servidumbre
a un paisaje nimbado por la Gracia,
donde todo es delicia, amor, aliento,
fruto de paz, candor y remembranza
del que vino a salvarnos para siempre
–carne con la pobreza desposada–?

Begonte y su Belén... Un ángel mira
y sonrío a la tierra fiel, galaica...